



Capítulo 8

UNA VISIÓN BINOCULAR

PSICOANÁLISIS Y FILOSOFÍA



FONDO
EDITORIAL

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

Una visión binocular. Psicoanálisis y filosofía

Bárbara Bettocchi y Raúl Fatule
(editores)

© Bárbara Bettocchi y Raúl Fatule, 2014

De esta edición:

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2014

Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú

Teléfono: (51 1) 626-2650

Fax: (51 1) 626-2913

feditor@pucp.edu.pe

www.fondoeditorial.pucp.edu.pe

Diseño, diagramación, corrección de estilo
y cuidado de la edición: Fondo Editorial PUCP

Primera edición: setiembre de 2014

Tiraje: 500 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio,
total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

ISBN: 978-612-317-023-3

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2014-12321

Registro del Proyecto Editorial: 31501361400772

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa

Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

MENTE Y REALIDAD: MODOS DE VINCULACIÓN NO REFLEXIVOS EN LA EXPERIENCIA SUBJETIVA TEMPRANA¹

Carla Mantilla

INTRODUCCIÓN

Siguiendo la tradición de Donald Davidson, Marcia Cavell plantea lo siguiente: «[...] una criatura que puede contar una historia sobre sí misma, y solo ella, es un yo, alguien a quien podemos atribuir subjetividad» (1993, p. 186).

Esta frase resulta sugerente por varios motivos. Además de equiparar lo mental con lo lingüístico, y la subjetividad con la conciencia reflexiva, dicho enunciado resulta interesante pues cuestiona la posibilidad de hablar de subjetividad en estadios muy tempranos del desarrollo. De este modo, ofrece un marco conceptual para definir el campo de la actividad mental y de la experiencia subjetiva, atándolas a procesos simbólicos y reflexivos.

Creemos que así como el psicoanálisis se beneficia de las reflexiones filosóficas acerca de la mente, la irracionalidad, la subjetividad, la empatía y otros temas fundamentales en su discurso, y en esta tarea encuentra interesantes piezas conceptuales con las cuales contrastar sus planteamientos, de igual manera la filosofía de la mente podría verse favorecida al atender a las especulaciones psicoanalíticas, el conocimiento

¹ Trabajo presentado en su versión original en el Primer Coloquio de Filosofía Analítica, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, agosto de 2008.

ofrecido por la observación sistemática de infantes y las neurociencias actuales, acerca de la actividad mental temprana. Es sobre esa discusión que queremos contribuir presentando tres aportes que podrían enriquecer el diálogo entre ambas disciplinas con respecto a este importante tema: a) la idea de una mente encarnada², b) los modos prerreflexivos de vinculación entre la mente y la realidad y c) los correlatos neurobiológicos de los organizadores mentales prerreflexivos. Dichos aportes nos permitirán recoger una imagen de la subjetividad temprana que integre aspectos de la descripción clásica psicoanalítica y aquella ofrecida por el externalismo de lo mental, pero a la vez, que vaya en paralelo con el conocimiento contemporáneo sobre la experiencia mental en infantes presimbólicos, preverbales y prerreflexivos.

LA NATURALEZA DE LO MENTAL EN TANTO ENCARNADA

En 1923, Freud planteó que el yo era ante todo un yo anclado en la experiencia corporal. Lo anterior supone, entre otras cosas, que desde el inicio de la vida el sujeto se ve enfrentado a representarse mentalmente sus vivencias corporales, lo cual, implica el encuentro entre sus propias urgencias instintivas y el modo como el entorno, a través de los otros significativos, moldea esta experiencia generando modos propios de deseo y satisfacción. Sin ser un dualista, Freud mantiene en todo caso un materialismo no reduccionista, pues para él, el lenguaje de lo mental posee una organización y una lógica propia que es fundamental para la comprensión profunda del comportamiento, pero, al mismo tiempo, sostiene que la mente es parte de la naturaleza y que para estudiarla no debe separársela del estudio del cuerpo (Wollheim, 1993).

Con lo anterior, queremos llamar la atención sobre el viejo problema mente-cuerpo y de cómo el psicoanálisis ofrece una postura interesante que supera el dualismo y, aunque no se libera del materialismo, en la práctica

² Nuestra traducción del inglés *embodied mind*.

resulta compatible con visiones como la doctrina de los dos puntos de vista o el monismo anómalo davidsoniano.

Estamos ante un planteamiento que sostiene que lo mental tiene sus orígenes en la necesidad de organizar y hacer sentido de la experiencia corporal, lo cual, siguiendo a Benjamin permite pensar que el sujeto es primero un centro de experiencia, y que por efecto del desarrollo, poseerá luego la capacidad reflexiva para referirse a ella (1995). Sobre este punto Wollheim sostiene que los primeros estados mentales tienen la particularidad de representarse a sí mismos como estados corporales; estos tienen la función de reducir la angustia producida por la necesidad de satisfacer los impulsos (1993). En este marco, la subjetividad temprana comenzará su desarrollo con organizadores dirigidos por la percepción y la sensación de aquello que resulta placentero o displacentero, para luego guiar su acción a partir de creencias y otros estados mentales sujetos a los criterios de verdad y falsedad propios del mundo compartido. Mientras que las creencias son estados mentales que funcionan como guías para el pensamiento, el juicio y la acción, y son retenidas en la mente de acuerdo al valor de verdad adquirido en el contacto con la realidad, los estados mentales tempranos a los que hemos aludido líneas arriba, resultan eficaces en la reducción de angustia y son retenidos en la mente o rechazados de acuerdo a este propósito, es decir, están sujetos a la realidad interna más que a la sintonía con los dictámenes de la realidad del mundo compartido. Si en el primer caso la acción se explica por la presencia de creencias y las operaciones cognitivas de juicio y toma de decisiones, en el segundo, esta se desprende de la influencia de estados mentales referidos a la actividad corporal (básicamente los llamados anhelos inconscientes) y a mecanismos psicológicos tempranos tales como la incorporación y la proyección. Utilicemos un ejemplo para ilustrar ambos tipos de funcionamiento. Un niño de dos años siente el deseo de comer cuando ve a su mamá comiendo una galleta. El niño pronuncia la palabra «pan», se acerca a la madre y señala la galleta. La madre entiende que la palabra pan es utilizada por el niño para denominar los alimentos, le pregunta si quiere comer la galleta

y el niño mueve su cabeza en señal de afirmación. Pensemos ahora en un lactante de tres meses que despierta a medianoche por hambre. Imaginemos lo que «pasa por su mente». El hambre es vivida como un vacío en el estómago que genera un malestar general, una tensión sentida en todo el cuerpo que va creciendo con el paso de los segundos. Llega la madre y se le acerca, el bebé se aproxima y choca sus labios con el mentón de esta, y comienza a succionarlo ansiosamente. Siente alivio. En el primer caso, el niño pronuncia una palabra cuyo significado sabe será captado por la madre, y, aunque no es la palabra que corresponde al alimento que la madre tiene, por su aprendizaje, la palabra *pan* pronunciada en este contexto le sirve para expresar varios estados mentales: tengo hambre; quiero un poco de esa galleta; si digo «pan», mi mamá me va a invitar. En el segundo caso, la madre, identificada por el niño como la fuente de provisión de alimento y equilibrio psicofísico, es incorporada al organismo del niño a través del acto de succión del mentón. Los estados mentales presentes aquí son expresados a través del cuerpo: al succionar a mamá obtengo algo de ella que me empieza a calmar y contrarresta el malestar general y el vacío en el estómago.

Desde un marco kleiniano, Snelling añade que tanto los estados mentales prerreflexivos como las operaciones mentales de proyección e introyección con las que estos operan, constituyen la materia prima de la fantasía inconsciente (2003). Dentro de esta lectura, el succionar el mentón de la madre expresaría la fantasía de incorporar a la madre para tener dentro todo lo bueno que ella proporciona.

Sin embargo, la caracterización clásica del funcionamiento mental temprano anclado en la corporalidad, en comparación con el funcionamiento psíquico gobernado por el pensamiento racional y la influencia del ambiente, proviene de los planteamientos freudianos sobre la relación entre el proceso primario y el proceso secundario. Se trata de dos modalidades de organización mental sujetas al placer y a los imperativos de la realidad externa, respectivamente, que aparecen en orden cronológico en el desarrollo y que se mantienen en constante interjuego durante toda

la vida (Freud, 1974a). La experiencia onírica y los síntomas neuróticos son paradigmas del funcionamiento del proceso primario; el pensamiento y la comunicación verbal lo son del proceso secundario.

Según Fast, la observación pura de esta modalidad primaria de vida mental en el funcionamiento del inconsciente adulto, que como hemos dicho, está anclada en la experiencia corporal y se mantiene ajena a la influencia de la realidad externa, llevó a Freud a situar su origen en los inicios de la vida (1992). El proceso primario se caracterizaría por la búsqueda constante de satisfacción de los deseos, que, como hemos dicho, surgen a partir de la experiencia corporal, se estructuran en patrones originales de búsqueda de satisfacción, no conocen la espera, no se hallan necesariamente atados a un objeto en particular, se viven en un eterno presente, y en su incesante necesidad de descarga o actualización se condesan, desplazan y desatienden las reglas propias de la racionalidad con la que funciona el pensamiento estructurado a partir del lenguaje.

Pero, ¿el sostener la idea de una mente encarnada, es decir, anclada originariamente al cuerpo, supone necesariamente afirmar la existencia de procesos mentales primarios inmunes a la influencia de la realidad compartida? ¿El basamento corporal de la mente está divorciado de la influencia de la realidad? ¿La mente encarnada se desarrolla fuera de la intersubjetividad?

Las investigaciones actuales de los observadores de infantes contradicen la existencia de un proceso primario en tanto libre de la influencia del entorno, pues sus hallazgos sostienen que el infante humano posee sofisticadas capacidades para el relacionamiento interpersonal, las cuales son puestas en marcha desde el inicio de la vida (Stern, 1985). Sin embargo, se afirma que dichas interacciones son de tipo corporal-sensorial y comparten, con nociones como las de proceso primario, el hecho de estar regidas por la necesidad imperativa de actualizar patrones de satisfacción propios, la priorización de la acción sobre el objeto de satisfacción, la atemporalidad o vivencia global de un evento psíquico mientras es experimentado, entre otras (Fast, 1992).

Teniendo en cuenta que Freud opone la constelación cuerpo-realidad interna-proceso primario con la de lenguaje-realidad externa-proceso secundario, y considerando que las investigaciones sostienen que el bebé humano es altamente interactivo con el entorno (como veremos en el siguiente punto) y que sus intercambios están regidos básicamente por experiencias que involucran el cuerpo y el afecto, nos preguntamos si quedaría espacio para compaginar la noción de un proceso primario en tanto organizador mental prerreflexivo anclado en la experiencia corporal con la idea de un infante altamente vinculado con su realidad.

Ante este problema, autores como Cavell (1993 y 2006) intentan formular correcciones al modelo psicoanalítico clásico con el fin de subsanar aquellos supuestos rezagos cartesianos de los cuales adolecería³. Básicamente, la idea de una mente poblada de estados mentales privados, constituidos de modo previo al lenguaje y sin influencia de la realidad, que en opinión de la autora, podrían ser descritos de mejor manera con un lenguaje biológico. La solución que esta autora ofrece para eliminar el supuesto sesgo internalista del modelo psicoanalítico, implicaría prescindir del proceso primario en tanto etapa inicial del funcionamiento mental, y además, resituar el origen del sujeto mental en una etapa en la que este haya accedido al estatus reflexivo y pueda interpretar sobre la base de la existencia de estados mentales, las acciones suyas y las del resto. Esto supone, entre otras cosas, una equiparación de lo mental con el pensamiento reflexivo. La tesis de Cavell resulta más compatible con una visión de la mente exclusivamente desde el proceso secundario. Este camino implica dejar en el dominio de lo biológico todo aquello que ocurre antes que la realidad compartida, a través del lenguaje, haya estructurado los intercambios del infante con su medio y sus otros significativos. Sin embargo, la idea de una mente encarnada, organizada a partir de dinamismos basados en lo afectivo-corporal, distintos a los del pensamiento racional y social, pero

³ Cavell se refiere básicamente al internalismo de significado.

en interjuego constante con estos, sigue siendo atractiva y útil para la comprensión clínica y cotidiana de los procesos inconscientes.

La solución externalista cavelliana supone abandonar la idea de una subjetividad temprana previa al logro de la conciencia reflexiva, y ello resulta poco interesante a la luz de las descripciones actuales que los observadores de infantes hacen acerca de la vida de los bebés. En resumen, ni la visión de Freud ni la de Cavell hacen justicia a los nuevos conocimientos sobre la vida mental temprana.

Creemos que la solución no está en desechar la descripción mental del bebé prerreflexivo, como lo hace Cavell, sino repensar la noción de proceso primario freudiana como una modalidad de funcionamiento mental primitivo que involucra una conexión fluida con el entorno y no, como se pensaba, un aislamiento con respecto a la realidad.

EL MODO PRERREFLEXIVO DE VINCULACIÓN ENTRE LA MENTE Y LA REALIDAD A PARTIR DE LA OBSERVACIÓN SISTEMÁTICA DE INFANTES

El psicoanálisis ha construido la mayor parte de su edificio teórico acerca del desarrollo de la mente a partir de un abordaje retrospectivo-patológico, es decir, a partir del estudio clínico del adulto; a ello se le ha denominado *el bebé clínico*.

En la actualidad, se intenta contrastar este bebé clínico con lo que se denomina el *bebé observado*, es decir, la descripción prospectiva-normativa del desarrollo humano a partir de la observación sistemática y directa del infante. Este bebé observado es utilizado como criterio para evaluar la validez de las hipótesis psicoanalíticas clásicas sobre el desarrollo en tanto hipótesis plausibles. Daniel Stern es el investigador más representativo de esta corriente metodológica y teórica. Recogiendo los hallazgos de la psicología evolutiva y cognitiva, Stern ofrece una descripción de la vida mental temprana elaborada a partir de la investigación empírica (1985). Producto de esta labor, la visión de las funciones mentales del infante

ha dado un giro decisivo. Se sabe hoy que el bebé humano está dotado de una serie de capacidades innatas para la interacción que son puestas en marcha desde el nacimiento gracias a la presencia de facilitadores externos como la madre y los otros significativos. Su vinculación con la realidad está marcada por procesos perceptuales, afectivos y rítmicos que le permiten, entre otras cosas, sintonizar sus emociones y engancharse en acciones comunes, evocar y buscar activamente patrones de interacción generados en su experiencia, y poseer un registro de sí mismo en paralelo a un registro interpersonal, con lo que hace posible la sensación incipiente de diferenciación y de mutualidad en lo que se ha llamado una matriz intersubjetiva temprana.

Brevemente, pasemos revista a cada uno de estos temas. En *El mundo interpersonal del infante*, Stern propone que, en los inicios de la vida, el bebé experimenta su nacimiento sí mismo a partir de vivencias procedurales, es decir, a partir del fluir de procesos organizadores como la percepción amodal y los afectos sinestésicos (1985). Por *percepción amodal* se entiende la capacidad humana innata de traducir una experiencia de un canal perceptual a otro, por ejemplo, el asociar un ruido agudo con una luz brillante, o una superficie rugosa con una apariencia irregular. Pero sobre todo, implica la capacidad de traducir un estímulo cualquiera en una experiencia afectiva. El tipo de afecto propio de esta edad no es el afecto categoría (tristeza, amor, etcétera) sino el cenestésico. Estos afectos llamados también *afectos de la vitalidad*, tales como la sensación de abismo, estallido, *crescendo*, *increscendo*, fuga, etcétera, tienen un anclaje en procesos corporales y, en un inicio, funcionan como referentes para reconocer determinados eventos como las rutinas de alimentación, mudanza de pañal, juego, etcétera. Por ejemplo, el bebé, al sentir que la madre lo alza y le pone el pecho, experimenta una vivencia corporal que se traduce en una pauta afectiva y motora con la que empezará a generar incipientes representaciones de su experiencia que le servirán como guía para reconocer o esperar la ocurrencia de dicho evento. La cualidad del afecto experimentado dependerá de la calidad del intercambio.

Asimismo, se ha demostrado que el ser humano posee la capacidad de engancharse en acciones comunes con los otros significativos sin necesariamente «saber» de antemano cual es la acción por realizar (Stern, 2004). El bebé, por tanto, puede acomodar su cuerpo cuando la madre lo carga, sonreírle de vuelta, etcétera. A las pocas horas de nacido posee la capacidad de mímica pudiendo replicar un gesto, por ejemplo, sacar la lengua, sin «saber» que él está sacando la lengua, sin verse hacerlo y sin haberlo hecho antes (Pines, 2003). Hay una suerte de sintonía que no queda simplemente en la imitación de la conducta, pues se plantea que el bebé y la madre son además, capaces de sintonizar afectos bajo una modalidad llamada *transmodal*. Por ejemplo, cuando el bebé mueve las piernas y los brazos agitadamente como respuesta a un gesto de alegría por parte de la madre, se entiende que ambos están compartiendo un mismo afecto que es expresado por canales diferentes. Ambos saben que el otro «entiende» lo que el otro siente. Esto es muy notorio cuando observamos las entretenidas «conversaciones» que un bebé de pocas semanas puede establecer con un otro sin que se esté emitiendo ninguna palabra. El bebé y la madre interactúan como en un baile: hay un *timing* para cada turno, un ritmo establecido y una coordinación propia para cada tipo de intercambio. Los bebés humanos poseen la capacidad para engancharse en un compás relacional (Stern, 2004).

Trevarthen demostró experimentalmente la existencia de lo que él denomina una *intersubjetividad primaria, preverbal y presimbólica*, basada en la capacidad para coordinar y sincronizar acciones, y en la tendencia temprana de atribuir y responder a las intenciones de los otros (1974 y 1993, citado por Stern, 2004, p. 83). En dicho experimento, madre y bebé interactúan en tiempo real pero a través de un monitor. Mientras esto sucede, ambos establecen una pauta de interacción, un ritmo co-construido que captura la atención y la acción del infante. En esta interacción la madre y el bebé coordinan el *timing* de sus movimientos, el despliegue de sus expresiones faciales y la anticipación de las intenciones del otro. Sin embargo, cuando se introduce una pequeña demora en la

señal del monitor que el bebé observa y la interacción ya no es en tiempo real, el bebé lo capta y su interacción cesa. Trevarthen concluye que la correspondencia entre las acciones propias y las respuestas de un otro es un elemento esperado en el contacto humano y constituye la semilla de la intersubjetividad temprana.

Otros investigadores, como Gegerly y Watson, han afinado estos experimentos y han concluido que el bebé humano posee una suerte de analizador y detector innato de contingencias con el cual mide cuándo la conducta del otro es sincrónica o responsiva con respecto a la suya (1999, citados por Stern, 2004, p. 85). Parece ser que los bebés menores de tres meses son más sensibles a las conductas contingentes y, luego, más sensibles a las conductas que muestran una contingencia imperfecta en las que hay mayor espacio para el suspenso y la novedad. Se concluye que al inicio el bebé está más interesado en su propia conducta y luego más interesado en la conducta de aquellos con los que se relaciona.

Lo anterior implica que existe una línea de desarrollo de la intersubjetividad y de la intencionalidad que tiene sus inicios en momentos muy tempranos de la vida del infante. Esta intencionalidad temprana prerreflexiva, observada en la capacidad del infante de responder tanto a las acciones como a los afectos del otro de manera coordinada, se plantea como una invariante universal en el desarrollo normal y una condición para la adaptación y la supervivencia de la especie. En el autismo, por ejemplo, el infante no es capaz de sintonizar afectos ni coordinar acciones con un otro. El autista funciona al margen de la intencionalidad, y ello se observa mucho antes de que falle en la prueba de la falsa creencia, la cual pareciera ser un criterio excesivamente cognitivo para determinar el funcionamiento intencional. Se sugiere que la capacidad prerreflexiva para sintonizar afectos es un criterio para estimar los inicios de la línea de desarrollo que conduce al logro del estatus intencional alrededor de los cuatro años. A esta edad, la intersubjetividad, llamada intersubjetividad secundaria, se evidencia con la sofisticación de las capacidades relacionales y personales, como

por ejemplo, la aparición de los sentimientos morales, la construcción de narrativas acerca de la propia experiencia, la generación de una teoría del dolor, la empatía basada en la simulación cognitiva de las circunstancias del otro, etcétera (Stern, 2004).

En resumen, la capacidad para sintonizar conductas y afectos parece ser el criterio para hablar de una vida mental temprana en la que el cuerpo y la sensación son tanto el contenido de las primeras experiencias como el canal de expresión y vinculación con el entorno.

Veamos ahora las evidencias neurobiológicas que permiten sostener la idea de una experiencia subjetiva temprana y prerreflexiva, anclada en procesos corporales y afectivos pero, a diferencia de la concepción freudiana, en constante interacción con el entorno humano.

LOS CORRELATOS NEUROBIOLÓGICOS DE LOS ORGANIZADORES MENTALES PRERREFLEXIVOS

Solms y Turnbull plantean que el estudio de la mente puede darse, al menos, desde dos puntos de vista: el objetivo y el subjetivo (2005). El primero implica la descripción de los aspectos anatómico-fisiológicos del cerebro, y el segundo, el estudio de los procesos mentales subjetivos. Si bien ambos constituyen distintos juegos del lenguaje, la corriente neuropsicoanalítica intenta encontrar los correlatos neurológicos de dicha experiencia subjetiva con el ánimo de contrastar, generar y/o ampliar las hipótesis acerca del funcionamiento mental profundo.

A fines del siglo XIX, Freud abandonó la neurología al considerarla insuficiente para el estudio de aquellos fenómenos mentales que no poseían un correlato anatómico; tal fue el caso de la histeria. Sin embargo, advirtió que era la tradición localizacionista de la neurología de su época (la cual pretendía hallar un lugar discreto en el cerebro para cada función psicológica), la que lo llevó a crear un lenguaje diferente y puramente mental para entender las psiconeurosis. No obstante, señaló que tarde o temprano, la neurología avanzaría hasta el punto

de desarrollar el instrumental necesario para estudiar los fenómenos mentales complejos a partir de su composición neuroquímica (Solms & Sailing, 1986).

Hemos empezado esta exposición refiriéndonos a la naturaleza encarnada de la mente según la propuesta clásica freudiana, en la cual el funcionamiento mental primitivo (de los infantes y de los procesos inconscientes en el adulto) poseen una organización particular regulada por procesos dinámicos basados en la experiencia corporal. Desde esta perspectiva, dichos procesos se encuentran libres de la influencia del mundo compartido, hasta que, por cuestiones de desarrollo, se verán impactados, modificados e interrelacionados con la racionalidad propia del lenguaje y el pensamiento reflexivo. Hemos señalado también que los estudios actuales sobre la temprana infancia parecen corroborar la existencia de modos de funcionamiento mental tempranos prerreflexivos y presimbólicos basados en la experiencia afectiva-corporal, pero, a diferencia del modelo freudiano, estos impactan y se dejan impactar por el mundo circundante y las otras mentes. Se podría decir que el infante humano está diseñado para entrar en complejos intercambios afectivos con otros individuos desde el inicio de la vida. Las neurociencias contemporáneas parecen avalar este planteamiento.

Gallese, Eagle y Migone, en su artículo «Entonamiento intencional: las neuronas espejo y los correlatos neuronales de las relaciones interpersonales», proponen el concepto de *simulación encarnada* para dar cuenta, desde la neurobiología, del origen de la capacidad humana para comprender la mente de otro (2007). Esta simulación encarnada o capacidad para vivir en la propia experiencia los estados mentales de alguien más se basa, según el autor, en la acción de un tipo de neuronas llamadas *neuronas espejo*. Dichas neuronas se encuentran situadas de modo adyacente a las motoras y son las responsables de replicar en el cerebro, de modo automático y no consciente, el patrón o mapa neuronal de la acción, emoción y sensación de un agente al que estamos observando. En otras palabras, al ver a alguien haciendo o expresando

algo, se replica en nosotros la misma configuración neuronal que el agente observado presenta. Podríamos decir que dichas neuronas nos permiten participar de la experiencia del otro sin tener que pensar en sus circunstancias. Nos permiten experimentar al otro como si fuéramos ese otro. Esto explica, desde las neurociencias, fenómenos como el contagio, la empatía, la sintonía afectiva y pone en el tapete el origen primitivo de la capacidad humana para leer los estados mentales de los demás (Pines, 2003).

En la misma línea, Greatrex plantea que el mecanismo de la identificación proyectiva, planteado por el psicoanálisis como el encargado de explicar estos fenómenos o lo que románticamente se ha denominado la *comunicación de inconsciente a inconsciente*, puede ser ahora objeto de estudio de una disciplina que tradicionalmente no hubiera avalado una hipótesis de esa naturaleza (2002).

La capacidad temprana de sintonizar afectos y participar en la experiencia ajena encuentra evidencia también en el concepto de los osciladores adaptativos, los cuales son una suerte de reloj interno cuya tarea es ajustar la periodicidad de la activación neuronal al ritmo de aquella que presenta la persona con la que estamos interactuando. Ello explica la posibilidad de que podamos sincronizar nuestras acciones y sensaciones con las de alguien más.

Por su parte, Stern llama la atención sobre la vinculación del papel de las neuronas espejo con el origen de la capacidad prerreflexiva para atribuir intenciones a las acciones de otro (2004). Se apoya, para ello, en las investigaciones de Blackmore y Decety, de 2001, acerca de la sensibilidad del sistema de activación de las neuronas espejo en las acciones dirigidas hacia una meta. Estos autores plantean que la capacidad de atribuir intenciones tiene una localización en el cerebro que se activa en contextos en los que la acción observada posee una intención atribuible y no se activa en aquellas en las que no se percibe intencionalidad.

En resumen, las investigaciones actuales sugieren que tanto la posibilidad de atribuir intenciones a las acciones ajenas como la capacidad

para sintonizar afectos y la tendencia a participar de la vida mental y la experiencia de otro son características de la mente que podemos describir en el nivel cerebral desde la temprana infancia. Si esto es así y sucede en un momento en el que el lenguaje aún no se ha desarrollado, ¿cómo podemos dar cuenta de la existencia de estas experiencias?, ¿dónde están almacenadas?, ¿son recuperables en la vida adulta?

Resulta pertinente para esta discusión referirnos al tema de la memoria. Durante la década de 1980 se produjeron interesantes clasificaciones de los sistemas mnémicos, en particular, aquella división entre *memoria declarativa y procedural*⁴. Sin embargo, Pugh señala que, en 1984, Graf y Schacter decidieron simplificar las nomenclaturas existentes y propusieron dos grandes categorías mnémicas llamadas *memoria implícita y explícita* (2006). La memoria explícita está compuesta por la memoria episódica y semántica, es consciente, declarativa y compromete básicamente la zona del hipocampo, el cual, termina su desarrollo aproximadamente a los dos años. La implícita, abarca todas las formas de memoria no consciente, es no simbólica, no declarativa y procedural. Compromete zonas del cerebro primitivo como la amígdala, el cerebelo y ciertas áreas del hemisferio derecho; su desarrollo es temporalmente anterior a la memoria explícita. Investigadores como Kandel, premio Nobel de neurobiología, han llamado la atención acerca de las implicancias que parecen tener los estudios sobre la memoria implícita para la comprensión del funcionamiento de los procesos inconscientes, tal como Freud los describió a principios del siglo XX (1999). En esta línea Solms y Turnbull (2003) y Hutterer y Liss (1996) encuentran que el modo en que son almacenadas las experiencias en la memoria implícita guarda relación con el modo en que Freud describe el funcionamiento del inconsciente o proceso primario. Ambos, la memoria implícita y el proceso primario organizan información sensorial y perceptual; aparecen primero en el desarrollo; sus contenidos

⁴ Pugh señala a Cohen y Squire como los responsables de esta primera clasificación (2006, p. 50).

no pueden ser recuperados, más bien, se adhieren posteriormente a los recuerdos codificados mediante el lenguaje; no están fijados en contextos espacio-temporales determinados, lo cual hace que sus efectos puedan ser generalizados y desplazados a varios contextos por asociación; y, por último, predominan contenidos como la sensación y la imagen.

Este tipo de investigaciones nos anima a pensar que las primeras experiencias del sí mismo se dan en este nivel de organización mental, constituyendo lo que LeDoux ha denominado «*self* implícito», el cual viene a ser el conjunto de experiencias que forman un núcleo de sensaciones y percepciones no conscientes acerca de nosotros mismos y de nuestro modo de relacionarnos con los otros significativos (2002). Aquí están, entre otras cosas, las bases de nuestra identidad, nuestras preferencias, temores y patrones de relacionamiento.

Juntando todo lo hasta aquí expuesto, concluimos planteando la siguiente pregunta: ¿Sería posible pensar en este sí mismo implícito como el escenario de conformación y almacenamiento de nuestras experiencias sensoriales y afectivas, organizadas a partir de procesos corporales y capacidades innatas para el relacionamiento prerreflexivo con otras mentes? La filosofía de la mente, el psicoanálisis, la observación directa de infantes y las neurociencias serán disciplinas cruciales en la generación de hipótesis plausibles para dar respuesta a esta pregunta.

BIBLIOGRAFÍA

- Benjamin, Jessica (1995). *Like Subjects, Love Objects. Essays on Recognition and Sexual Difference*. New Haven: Yale University Press.
- Cavell, Marcia (1993). *La mente psicoanalítica. De Freud a la filosofía*. Buenos Aires: Paidós.
- Cavell, Marcia (2006). *Becoming a Subject. Reflections in Philosophy and Psychoanalysis*. Oxford: Clarendon Press.

- Fast, Irene (1992). The Embodied Mind: Toward a Relational Perspective. *Psychoanalytic Dialogues*, 2(3), 389-409.
- Freud, Sigmund (1974a[1900]). *La interpretación de los sueños*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Freud, Sigmund (1974b[1923]). *El yo y el ello*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Gallese, Vittorio, Morris Eagle & Paolo Migone (2007). Intentional Attunement: Mirror Neurons and the Neural Underpinnings of Interpersonal Relations. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 55, 131-176.
- Greatrex, Tony (2002). Projective Identification. How Does it Work? *Neuro-psychoanalysis*, 4(2), 187-197.
- Hutterer, Jeffrey & Miriam Liss (2006). Cognitive Development, Memory, Trauma, Treatment: An Integration of Psychoanalytic and Behavioral Concepts in Light of Current Neuroscience Research. *Journal of The American Academy of Psychoanalysis and Dynamic Psychiatry*, 34(2), 287-302.
- Kandel, Eric (1999). Biology and the Future of Psychoanalysis: A New Intellectual Framework for Psychiatry Revisited. *American Journal of Psychiatry*, 156(4), 505-524.
- LeDoux, Joseph (2002). *Synaptic Self: How Our Brains Become Who We Are*. Nueva York: Penguin Putnam.
- Pines, Malcolm (2003). Social Brain and Social Group: How Mirroring Connects People. *Group Analysis*, 36(4), 507-513.
- Pugh, Gilbert (2006). Cooperation not Incorporation: Psychoanalysis and Neuroscience. En Mauro Mancina (ed.), *Psychoanalysis and Neuroscience* (pp. 33-61). Milán: Springer.
- Snelling, David (2003). *Philosophy, Psychoanalysis and the Origin of Meaning. Pre-Reflective Intentionality in the Psychoanalytic View of the Mind*. Aldershot: Ashgate.

- Solms, Mark & Michael Sailing (1986). On Psychoanalysis and Neuroscience: Freud's Attitude to the Localizationist Tradition. *International Journal of Psychoanalysis*, 67, 397-416.
- Solms, Mark & Oliver Turnbull (2003). Memory Amnesia and Intuition: A Neuro-Psychoanalytic Perspective. En Viviane Green (ed.), *Emotional Development in Psychoanalysis, Attachment Theory and Neuroscience* (pp. 55-85). Hove-Nueva York: Brunner-Routledge.
- Solms, Mark & Oliver Turnbull (2005). *El cerebro y el mundo interior. Una introducción a la neurociencia de la experiencia subjetiva*. México DF: FCE.
- Stern, Daniel (1985). *El mundo interpersonal del infante. Una perspectiva desde el psicoanálisis y la psicología cognitiva*. Buenos Aires: Paidós.
- Stern, Daniel (2004). *The Present Moment in Psychotherapy and Everyday Life*. Nueva York: Norton and Company.
- Wollheim, Richard (2003). *The Mind and its Depths*. Londres: Harvard University Press.